





NUNCA FUIMOS INOCENTES



Marijo Hurtado

NUNCA FUIMOS  
INOCENTES



Primera edición: septiembre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María José Hurtado

ISBN: 978-84-17548-06-3

ISBN digital:978-84-17548-07-0

Depósito legal: M-23336-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España



*A mi madre,  
aunque ausente, siempre tan presente.  
Y a mi padre,  
su compañero en presencias, ausencias y,  
sobre todo, en bondades.*







## AGRADECIMIENTOS

A mi hermana Marifeli Hurtado, mi prima María Elena Maza y mi sobrina Amaia Heras, que fueron, por ese orden mis primeras lectoras y que, con sus opiniones, solo hicieron darme ánimos. A mi cuñado, Carlos Heras que, desde su propio negocio, se ocupó de toda la logística «por amor al arte» o, seguramente, más que por eso, por cariño a su cuñada. Y en general a mi familia cercana, Jon Heras, Borja Sainz, Markel Zaballa, Mailen Zaballa, Charlie Zaballa, César Maza y Mila Zarandona que compartieron conmigo mi alegría por un sueño cumplido.

A mi querida amiga Natalia López Ramón, que fue mi primera lectora ajena a mi familia y que, desde sus preciosas montañas, me expresó su opinión, opinión que tengo en alta estima, y que, siendo favorable, me dio una gran alegría y un fuerte empujón en este camino que había iniciado.

A Josetxu Urrutikoetxea, mi director en las Aulas de la Experiencia de la Universidad del País Vasco y al que tengo un cariño especial, por su disponibilidad con mis peticiones para la presentación de esta obra. Y a Conchi Fernández, secretaria en ese mismo centro, que también me ofreció su ayuda en aquello en lo que pudiera hacerme falta.

Y a todos los amigos que se han alegrado conmigo, especialmente a Richard, cuya alegría fue desbordante al saber de la próxima publicación de esta obra.

Y finalmente, a María Díaz, que lo intentó con sus contactos.



## 30 DE SEPTIEMBRE DE 2041

Hacía ya unos minutos que era noche cerrada. El vehículo, que avanzaba muy lentamente, aumentaba la frecuencia de los tumbos a cada kilómetro que recorría. La mayor parte de las personas que viajaban en él dormitaban en inquietos sueños. Iker simulaba hacerlo también, con la cabeza apoyada en la ventanilla entornaba los ojos para que parecieran cerrados, mientras observaba el exterior, o al menos lo hizo hasta un rato antes, cuando la oscuridad lo cubrió todo.

Finalmente el autobús frenó, la mayor parte de los ocupantes se despertaron y se movieron nerviosamente. Iker no podía ver el exterior, le pareció oír el chirrido de una verja, por el sonido parecía una gran verja.

El autobús avanzó unos metros más, tal vez un kilómetro, y volvió a parar. Esta parecía ser la parada definitiva, puesto que los viajeros comenzaron a abandonar sus asientos y dirigirse hacia las puertas. Iker los imitó.

Las puertas del vehículo estaban flanqueadas por guardias armados, igual que sucedió cuando el resto de pasajeros subieron al autobús.

Caminó por la calle junto al resto de las personas que habían viajado con él. Tras unos pasos notó como sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad, y en ese momento la luna asomó tras una nube y pudo distinguir claramente el arranque de la calle Autonomía. Se quedó paralizado por unos segundos, pero hizo lo posible por reponerse y continuó caminando intentando aparentar normalidad.

Pudo ver la calle con claridad. Vio unos pocos edificios completamente derruidos, muchas de las otras edificaciones estaban seriamente dañadas, pero se mantenían en pie, algunas solo acusaban los muchos años transcurridos. Gran parte de la calle había sido tomada por la vegetación y el asfalto estaba roto y levantado en los puntos donde aparecían las plantas y en algunos otros. Había algunos vehículos que habían sido, claramente, abandonados mucho tiempo atrás, la mayoría de ellos no tenían neumáticos y estaban completamente oxidados.

La visión le hizo sobrecogerse por dentro, aunque se mantuvo en su intento de aparentar normalidad. Caminó lenta pero firmemente a lo largo de la calle, mientras por el rabillo del ojo pudo observar cómo sus compañeros de viaje se dispersaban tomando algunas de las calles adyacentes.

Unos minutos después le pareció que se había quedado solo en la calle. Giró la cabeza disimuladamente sin dejar de andar y pudo ver a tres hombres que caminaban juntos, charlando, varias decenas de metros por detrás de él.

El horror de lo que estaba viendo le llenaba los ojos de lágrimas, pero se forzó a continuar andando y a pensar a dónde dirigir esos pasos, que podían parecer firmes pero eran terriblemente inseguros.

«¿A dónde ir? Por supuesto a casa... O a lo que quede de ella. Aunque no pueda quedarme allí quiero ver mi antigua calle. No tiene por qué ser más inseguro que cualquier otro sitio de la ciudad. De hecho, por lo que he visto, toda la ciudad parece muy poco segura».

Decidió caminar a lo largo de toda la calle Autonomía, hasta llegar a la plaza Zabálburu y desviarse allí hacia la plaza Moyúa. Quería al menos completar el cuadro que ofrecía la primera calle de su antigua ciudad con la que se había reencontrado. Y ese cuadro seguía siendo desolador, si bien pudo darse cuenta de que había más edificios derruidos en el principio de la calle.

Intentar aparentar paso seguro hizo que caminara más lentamente de lo que hubiera deseado y, tras unos cientos de metros,

pudo darse cuenta de que los tres hombres que se movían tras él se encontraban mucho más cerca. Esto le puso los nervios de punta.

«Tranquilo, no tiene por qué ocurrir nada malo. Están detrás de ti desde que has abandonado el autobús, hace ya mucho que no ves a más personas, si hubieran querido atacarte ya lo hubieran hecho».

A pesar de que intentaba tranquilizarse con estos pensamientos se sintió aliviado cuando llegó a la plaza. Giró hacia la izquierda para tomar la calle General Concha y, en aquel momento, los pelos de la nuca se le erizaron cuando oyó tras de sí:

—¡Eh tú! ¿A dónde coño crees que vas?

Se giró lentamente. Las tres figuras se encontraban muy cerca de él. Uno de ellos era mayor, al menos de su misma edad, seguramente más, el segundo era joven, aunque con el mal aspecto de su ropa y su pelo le resultaba difícil calcular su edad, le pareció que no tendría más de veinticinco años, también le pareció reconocerlo del autobús, aunque no estaba completamente seguro, la tercera persona era una mujer, alta y joven. El hombre de menor edad llevaba un saco de arpillera bastante grande cargado al hombro. La imagen de aquella figura en aquel desolador entorno le hizo pensar en el personaje de su infancia, «el hombre del saco», sonrió por dentro con tristeza.

«A ver si el cuento infantil va a terminar convirtiéndose en realidad, y va a ser el hombre del saco el que acabe conmigo—pensó— pues si es así, que sea rápido».

Pero en voz alta dijo:

—Voy hacia Gran Vía ¿Tienen algún problema con eso?

El mayor de los dos hombres rio con una carcajada seca y triste.

—No, nosotros no tenemos ningún problema con eso. Tú lo tendrás si continúas adelante con esa idea... —Lo dijo en un tono muy triste y nada amenazante que desconcertó a Iker.

—¿Perdón? —preguntó con cara de absoluto desconcierto.

El hombre de más edad volvió a reír, pero esta vez lo hizo con una risa más alegre, más natural. El joven se unió a él. La mujer

continuó impasible. El desconcierto de Iker aumentó, lo que se reflejó de nuevo en su cara.

—Venga, está claro que no eres un «sanfri»... Y tienes que saber que Gran Vía está tomada por ellos...

—¿«sanfri»? ¿Gran Vía tomada? —El desconcierto era tal que ya no merecía la pena intentar disimularlo.

—¿De dónde coño sales tú? —De nuevo hablaba el hombre de más edad.

—Bueno... de ningún sitio... en realidad...

—¡Vamos!, ¡está claro que no has pasado en Bilbao los últimos años!

—Venías con nosotros en el autobús que nos ha traído de las granjas... —Por primera vez el joven habló—, aunque ahora que lo pienso no recuerdo haberte visto en el camino de ida ni durante el trabajo.

Se obligó a pensar rápidamente. Tenía que contar algo que fuera plausible e inventarlo con celeridad. Por algún motivo creía que la verdad sería más peligrosa de contar que una buena mentira, ¡pero esa era la cuestión importante! La mentira tenía que ser buena.

—Tienes razón. —Sin ser consciente de ello pasó al tuteo, quizá fuera porque había empezado a sentir que no eran una amenaza, al menos no una amenaza inmediata—. Soy un «campi», es la primera vez que piso Bilbao en muchos años.

—¿Cuántos años?

—Desde 2015.

—¡Qué barbaridad! ¿Y qué haces aquí?

—Un castigo. Me han echado de la granja.

—Eso es muy raro. Por lo que sabemos en las granjas el único castigo que existe es la muerte.

—Es lo normal... Pero... Bueno... Le caía bien al capitán de la brigada.

—Veo que no lo suficientemente bien como para que te diera un saco con comida...

—Bueno, al fin y al cabo, era un castigo.

Los dos hombres lo miraron durante unos segundos. La mujer parecía completamente ajena a la conversación.

—¿Por qué querías ir a Gran Vía?

—Vivía allí, bueno, en realidad vivía en la calle Berastegui...

—¿Vivías en Bilbao? ¿Y cómo leches acabaste trabajando en una granja?

Iker notó que su cara se ponía pálida, agradeció la oscuridad, estaba seguro de que su palidez era evidente. Tenía que pensar en algo convincente, se estrujó los sesos. Finalmente dijo:

—Los cambios me pillaron allí de casualidad. Me hice pasar por un autóctono...

—Eso es raro. Se cargaron a mucha gente en esa zona... Si no sabías trabajar el campo es raro que te dejaran vivir.

Volvió a ponerse tenso, y volvió a intentar controlar su voz y sus movimientos.

—Algo sabía de agricultura... Como aficionado... Y tenía un amigo, me ayudó mucho en los primeros meses... Con su ayuda pude disimular mi falta de conocimientos y aprender mucho. En unos meses era un campesino más...

—¿Qué fue de tu amigo?

—Murió. Hará unos ocho años ¿Puedo preguntaros yo algo? —estaba deseando cambiar el rumbo de la conversación. Por otra parte tenía muchísimas preguntas en su cabeza. Se dijo mentalmente que debía ser prudente con eso.

El hombre joven miró al de más edad, mientras este miraba a Iker. Finalmente dijo:

—Depende de qué preguntes.

Lo primero que le vino a la cabeza fue preguntar dónde vivían, pero pensó que esa pregunta podía molestarles, incluso inquietarles. Así que dijo:

—¿A dónde puedo ir?

En cuanto lo dijo se dio cuenta de que su tono había sido el de un niño desvalido. Experimentó una mezcla de sentimientos, entre la vergüenza por mostrar tanta debilidad, y el alivio, porque estaba

seguro que esa debilidad le beneficiaría frente a los hombres que tenía delante.

Los tres se lo quedaron mirando de nuevo. El mayor de ellos hizo un gesto con la cabeza a los otros dos y se retiraron unos pasos atrás. Iker no podía oír lo que estaban hablando.

—¿Qué pasa?

—Estoy pensando en llevarlo con nosotros.

—Joder, Enrique, ¡¡¡ tú estás loco!!! No le conocemos de nada. Puede ser un asesino, un «sanfri», un espía del exterior...

—Venga, está claro que no es un «sanfri», y también está claro que está tremendamente confundido, y ¿Un espía? ¿Para qué van a querer espiarnos desde fuera? ¿Para ver todo lo que nos cuesta sobrevivir? Además, para eso ya tienen los drones.

—No sé, no me fío. Es la primera vez que nos encontramos con alguien que llega a la ciudad del exterior... Y estoy seguro de que hay algo raro.

—En eso te doy la razón. Es muy raro lo que nos ha contado, de hecho, estoy casi seguro de que miente. Pero me fío de él. No parece alguien con malas intenciones.

—Nunca te he oído decir algo así...

—De alguna forma me recuerda a los viejos tiempos. No sé, parece alguien sacado directamente de 2015.

—Sí, hombre, alguien que ha estado criogenizado... No me hagas reír.

—No, claro que no, pero es alguien diferente, alguien a quien creo que merece la pena ayudar y conocer. Míralo, es muy grande, e intenta estirarse en todo su tamaño para parecerlo aún más... Pero no resulta nada amenazador, en el fondo parece un niño asustado. —Se dirigió a la mujer—, ¿tú qué opinas?

—No me parece peligroso, aunque no lo metería en el poblado... Tenemos que tener un mínimo de prudencia.

—¡Vale, vale! No puedo luchar contra los dos... Pero que pase la noche en «la cabaña».

—Vale. Gracias.



Se volvieron a Iker. De nuevo los miró con cara de niño asustado.

—Puedes venir con nosotros. Esta noche puedes dormir junto a nuestra comunidad. Pero te diré algo, como intentes lo más mínimo, como pongas en peligro a alguno de nosotros, date por muerto.

A Iker se le heló la sangre en las venas al oír aquello, de nuevo intentó tranquilizarse. «No es una amenaza, sólo es una advertencia por si soy peligroso. No tengo que preocuparme por ello».

—Gracias.

Los tres reanudaron el camino, e Iker los siguió sin atreverse a abrir la boca. Se le agolpaban las preguntas en su cabeza, ¿quiénes eran los «sanfris»? ¿qué habían hecho con Gran Vía?, ¿en qué tipo de comunidad vivían sus tres acompañantes?, ¿dónde estaba esa comunidad?, ¿qué pasaba con el resto de habitantes de la ciudad?, ¿cuántos eran en la ciudad y en la comunidad?... Y muchas otras preguntas igualmente importantes, pero solo dijo:

—Me llamo Iker. ¿Y vosotros?

—Enrique y Leo, ella es Indar —dijo el de más edad, señalando con el pulgar, primero a sí mismo, después al joven y finalmente a la mujer.

Iker pensó que era mejor permanecer en silencio y siguió caminando. Ahora que estaba un poco más tranquilo empezó a examinar disimuladamente a sus acompañantes. Sus físicos no eran destacables, los dos hombres eran de estatura media, un poco más alto el de más edad, eran delgados y parecían en forma, incluso el más viejo. La mujer era alta y delgada de movimientos gráciles y elásticos, aparentaba ser algo más joven que el menor de los hombres, tenía el pelo largo sujeto en una trenza que le nacía en la raíz. Sus rasgos eran poco corrientes pero muy armoniosos, lo que la hacía poseedora de una belleza muy poco convencional. Era evidente que la ropa de los tres era muy vieja, tenía remiendos y zonas muy desgastadas. Los hombres tenían el pelo algo largo y, el más joven, lucía una barba de tres días, pero estaba claro que no prescindían de unos mínimos de higiene.

Continuaron caminando por la calle Hurtado de Amézaga, el panorama seguía siendo desolador, aunque en esa zona de la ciudad no había edificios derruidos, sólo deteriorados. No obstante, el estado de la calle parecía el resultado de un huracán. Recordó cuando su madre le contaba cómo era el antiguo Bilbao, el que ella conoció antes de que Iker naciera. Una ciudad gris, cuya belleza había quedado escondida por la contaminación y la suciedad... Sin embargo el Bilbao que Iker conoció en su infancia y juventud era una ciudad limpia y bella, llena de bonitos rincones y embellecida por nuevos y lindos edificios, esculturas, puentes... Pensó que lo que veía en ese momento le recordaba al Bilbao gris que su madre solía describir o, seguramente mucho peor, nada parecía bello en la imagen que tenía ante sus ojos.

Iker no perdía detalle, analizaba cada esquina de la calle intentando imaginar qué había sucedido allí. «De todo —pensó—. En veintiséis años aquí ha sucedido de todo» y no sabía hasta qué punto tenía razón.

Cuando llegaron al inicio del puente de «El Arenal» pudo ver una especie de empalizada que rodeaba el parque del mismo nombre. Al acercarse observó que la empalizada estaba hecha de todo tipo de materiales, maderas, soportes metálicos, puertas. También le pareció ver a alguien cuya cabeza asomaba por encima de la extraña construcción.

Al llegar a la altura del teatro Arriaga sus acompañantes se separaron, la mujer se dirigió hacia la empalizada.

—Me voy a dormir, me espera una semana movidita —dijo levantando la mano a modo de despedida.

—Claro.—dijo Enrique—, nosotros nos ocupamos de todo. Qué te vaya muy bien.

Los dos hombres se dirigieron hacia el teatro. Iker los siguió con cierta curiosidad. Enrique abrió una de las puertas laterales y le dijo que entrara, se dirigió a las antiguas taquillas y le indicó un camastro.

—Puedes pasar la noche aquí.

—¿Aquí? —Tan pronto como hizo la pregunta se sintió bastante tonto, y estaba seguro de que su cara lo dejaba ver con total claridad.

—Sí. A ver, tío. Te estamos echando un cable... Uno muy gordo. Pero no vamos a permitir que entres en nuestra comunidad. El tiempo nos ha enseñado que no podemos fiarnos de cualquiera.

—De acuerdo, no pasa nada. Gracias.

—Las cosas llevan mucho tiempo tranquilas, así que no creemos que nadie venga a darte problemas, entre otras cosas porque nadie puede saber que estás aquí. No obstante colocaré una «alarma» en la puerta —sacó del armario de la taquilla un móvil de los que se usaban en las entradas de las puertas al que se le había añadido unas campanas de mayor tamaño—. voy a poner esto en la puerta, en otras ocasiones ha resultado de gran utilidad.

Desde la puerta de la taquilla Iker observó cómo Enrique colocaba el móvil y cómo abandonaba el teatro junto con Leo. Enrique se despidió con un movimiento de cabeza al que Iker contestó de igual manera, Leo ni siquiera le dirigió una mirada.

Iker volvió a sentirse como un niño desamparado. Llevaba casi dos semanas viajando solo, pero el hecho de encontrarse en un lugar tan extraño, cuyas circunstancias desconocía y en el que se sabía rodeado de gente que probablemente no era muy pacífica, le inquietó muchísimo. «¿Quién coño son los «sanfris»?».

A pesar de su inquietud se encontraba muy cansado, así que se acostó en el camastro y se dispuso a pasar una mala noche. Su pensamiento fue clarividente. Pasó una noche malísima, el estómago le rugía de hambre, su sueño fue inquieto, se levantó y miró al exterior cada vez que oía un sonido, y soñó con calles llenas de edificios derruidos cada vez que conciliaba unos minutos de sueño.

\*

Enrique y Leo cruzaron la empalizada, saludaron a Kepa, que hacía guardia, y continuaron hasta un edificio cuya conservación

parecía bastante buena. Llamaron a la puerta del primer piso. Abrió la puerta una anciana muy pequeña. Entraron en una estancia bastante acogedora, pero carente de todo lujo. Cerca de la puerta podía verse una mesa cuadrada con cuatro sillas, más al fondo había un viejo sofá y junto a él unos estantes con libros. Las paredes estaban decoradas con dibujos de carácter naturalista, árboles, flores y algunos pequeños pájaros, de suaves colores pastel.

—Buenas noches Diana.

—Buenas noches. ¿Qué tal las jornadas de trabajo?—se dirigió a Leo.

—Bien. Nos han dado bastantes provisiones... Mira —dijo abriendo el saco que había llevado al hombro todo el camino.

—Bien. Supongo que habrá algo que se pueda cultivar.

—Sí, algo hay.

Mientras Leo hablaba Enrique sacó de entre sus ropas un gran cuchillo y una especie de lanza corta con el asta de madera y una hoja metálica en el extremo.

—¿Algún «sanfri» en el trabajo hoy? ¿Alguno por el camino?

—En el trabajo hubo un par de ellos. Creo que se han hecho a la idea de que es la mejor manera de sobrevivir, si esperamos unos cien años tal vez acaben por tener una comunidad como la nuestra —dijo esto último con una sonrisa socarrona en su cara—, por el camino no hemos visto a ninguno. Pero hemos tenido un encuentro mucho más sorprendente... —Al decir esto miró a Enrique. El interpelado hizo un gesto de fastidio.

—Venga, Leo —dijo abriendo los brazos en un gesto de impotencia.

La mujer miró a uno y a otro, puso los brazos en jarra y adelantando la barbilla exclamó:

—¿Qué? ¿Alguno me lo va a contar o queréis que lo adivine yo solita?

Enrique miró a Leo con cara de no estar muy feliz y finalmente empezó a hablar:

—Hemos encontrado a alguien que viene de fuera...

—Sí, y Enrique se ha empeñado en traerlo con nosotros.

—Vamos, Leo, no está en el poblado, está fuera.

La anciana intervino:

—¿Dónde está?

—Está en la cabaña exterior. Como te digo, Enrique se ha empeñado en traerlo aquí.

—Bueno, Leo, tranquilo. Como dice Enrique no está en el poblado, está fuera —y girándose hacia Enrique con cara de pocos amigos continuó—, y supongo que alguna razón habrás tenido para traerlo, ¿no, Enrique?

Enrique se sentó en la silla más cercana mientras se quitaba la chaqueta.

—No sé explicarlo, Diana. Me dio buena espina... Es una tontería, pero me hizo pensar en cómo éramos en 2015, antes de haber vivido todo lo que hemos vivido en las últimas décadas...

—¡Vaya! Eso sí que es nuevo. ¿Qué hace aquí? ¿De dónde sale?

—Nos dijo que era un «campi» expulsado como castigo. Pero creo que mentía. Ya sabes que para ellos sólo existe un castigo.

—¡Muy coherente por tu parte! Crees que nos miente, pero te da buena espina... —Enrique levantó los ojos sin llegar a levantar la cabeza, parecía un hombre arrepentido de sus actos—. ¡Venga! Cuéntame más. Quiero saber lo más posible de ese tío y entender por qué lo has traído a la puerta del poblado.

—Venía en el autobús de las granjas, siguió el mismo camino que nosotros, iba por delante... Al llegar a Zabálburu casi se desvió hacia Moyúa. Se lo impedimos.

—Se lo impediste tú —al oír esto miró a Leo dando un respingo.

—Bueno, vale, se lo impedí yo... Bueno, fue cuando nos contó lo de la granja. Parecía no tener ni idea de lo que pasa en esta ciudad... No sé, Diana, lo encontré como desvalido...

—Sí, claro, como debe medir solo algo así como dos metros, vamos, que solo nos saca una cabeza a cada uno, resulta de lo más desvalido. —Leo soltó todo esto haciendo gestos muy elocuentes

con la cara y las manos. El rostro de Enrique se entristeció, pero al mismo tiempo se podía ver determinación en él.

—Medirá 1.90... Y no me refiero a su tamaño... Me refiero a su actitud... A su aspecto... No sé... —durante unos segundos permaneció en actitud pensativa—, Diana, lo he dicho antes, me hizo pensar en nosotros mismos hace unas décadas, cuando aún éramos inocentes.

Diana se acercó a él y le besó la mejilla.

—Eso que has dicho es bonito, resulta hasta poético—levantó los brazos en un gesto de rendición—. ¡Y bien! Me fío de tu criterio, siempre lo he hecho y nunca he tenido que arrepentirme. Espero que esta vez sea como otras —se giró para mirar al otro hombre, que se encontraba a su derecha con los brazos cruzados ante el pecho en actitud taciturna—. Venga, Leo. Tranquilízate. De momento está en el exterior y, como siempre, el perímetro está vigilado. No tendría sentido que fuera un espía de los «sanfris». Ellos saben dónde estamos y saben cómo vivimos.

—Podría ser un caballo de Troya...

—Un caballo de Troya tiene sentido cuando esconde cientos de soldados y, por muy grande que ese hombre sea, eso no es posible —sonrió con dulzura—, así que mañana será otro día, cenad algo e iros a descansar, seguro que a ti te hace buena falta tras tres días en las granjas.

—¿Y qué vamos a hacer con él? —Leo seguía bastante taciturno.

—Mañana iré a verle y entonces decidiremos ¿Te parece bien?

—Como tú digas.

Los dos hombres se despidieron de Diana con un beso y salieron de la habitación con cierto abatimiento.

## OCTUBRE DE 2007

R.O.—Vamos a ir dando la reunión por concluida. Vienen tiempos difíciles, pero, como siempre, y más en estos tiempos, saldremos reforzados. Estoy seguro.

S.I.—Sí, claro, saldremos reforzados... Tú siempre tan optimista —su cara de pocos amigos desmentía sus palabras.

R.O.—Venga, S.I., sabes que será así... Nos costará algunos esfuerzos, pero todos sabemos cómo van a ir las cosas. Acabamos de explicarlo. Los estados no van a permitir que el sistema financiero se venga abajo. Rescatarán a los bancos, el dinero saldrá de los impuestos de todos y nosotros no perderemos nada. Estoy seguro de que será así. Todos lo estamos.

R.O.C.—S.I. no hagas que lo expliquemos por enésima vez... Eres un gruñón... A veces es un incordio hablar contigo. Está todo planificado, hay muy poco margen para el error. ¡¡Joder!! Llevamos toda la reunión hablando de esto. Vale ya, ¿no?

S.I.—Vale, ya me callo. Pero como esto no salga bien me oiréis.

M.E.—Te oímos siempre...

H.A.—Para la próxima reunión tenemos que abordar otro tema.

H.AB.—Te referes al problema que con los plebes va a crear el aumento de los sistemas automatizados, ¿no es eso?

H.A.—Sí. Me refiero a eso.

R.O.—Cruzaremos ese puente cuando llegemos a ese río, pero algunos gobiernos, conscientes de la que se les viene encima, están dispuestos a establecer rentas básicas para los «plebes» sin trabajo.

S.I.— ¡Pues a mí eso me jode! Van a cobrar sin trabajar... Y ese dinero saldrá de nuestros impuestos, de nuestro trabajo.

R.O.— ¡Venga S.I.! Hay que hacer algo para mantenerlos tranquilos. Y la mayor parte de ese dinero no saldrá de nuestros bolsillos, sino de los bolsillos de la poca clase media que quede.

S.I.— ¡Aún así me jode! Porque de una manera u otra sale de nuestras empresas, es decir, de nuestros bolsillos.

R.O.— Eres más papista que el papa... Siempre nos salimos con la nuestra, siempre nos quedamos con la parte del león. Si no les damos algunas migajas nos arriesgamos a protestas, revueltas, revoluciones, guerras de clase... Es mejor mantenerlos en cierta tranquilidad con caramelitos como la renta básica.

R.OC.— Además, ya desde hace unos años tenemos el embrión de nuestro propio ejército en la sombra... Los peores y más duros tíos del mundo.

R.O.— Así que daremos este tema por zanjado hasta el momento en que haya que tomar decisiones al respecto. B.R. estás muy callado.

B.R.— Lo cierto es que hay algo que me preocupa.

R.OC.— Si se trata de la seguridad de esta vídeollamada a trece, puedes estar tranquilo. Mi sistema de inviolabilidad de llamadas es infalible. Creo que ha quedado claro en los últimos años.

B.R.— No, no se trata de eso.

R.O.— Venga, sorpréndenos, o no, porque ya sabemos que siempre tienes un pero para todo.

R.O. estaba convencido de que a B.R. le encantaba poner pegadas, pero en el fondo sabía que era el más inteligente de todos ellos, el que siempre veía un poco más allá, y que gracias a sus pegadas todos sus planes se matizaban más y tenían mejores resultados. De hecho, fue a sugerencia de B.R. que empezaron a reclutar sus propios ejércitos unos años antes. Gracias a su insistencia tenían en nómina a muchos fuera de la ley, algunos de ellos excombatientes de ejércitos disueltos, otros auténticos mafiosos que dirigían sus pequeños ejércitos. Ninguno de ellos había



abandonado sus actividades delictivas anteriores, pero estaban dispuestos a recibir sus órdenes.

B.R.— Sí, creo que esto os va a sorprender. Últimamente he leído algunos informes científicos sobre la sobreexplotación del planeta y los riesgos de destrucción de nuestra forma de vida a plazo no tan largo.

S.I.— ¡¡¡Venga B.R.!!!! ¿Es que ahora vas a volverte ecologista? Alguien que participa de varias de las mayores compañías petrolíferas del mundo no puede ser ecologista. —la cara de S.I. evidenciaba la sorpresa que aquel anuncio le había provocado.

B.R.— Bueno, no se trata de ser o no ecologista, se trata de aquello que la ciencia nos indica. Me preocupa, me preocupa mucho.

R.O.— Oye, si se destruye ¿Cómo has dicho? ¿Nuestra forma de vida? Era eso, ¿no? Será a muy largo plazo, ninguno de nosotros estaremos aquí. Además, nosotros no vamos a caer, serán los «plebes» los que tengan problemas.

B.R.— Aunque nosotros no estemos aquí lo estarán nuestros nietos, nuestro hijos si hacemos caso de las predicciones más pesimistas.

S.I. volvió a reír a pleno pulmón.

S.I.— En serio. El magnate del petróleo preocupado por la naturaleza es el mejor chiste que he oído en años. Me mondo de la risa —sus carcajadas sonaron más alto que en ningún momento antes.

B.R.— Vamos, S.I., tu buen humor y tu optimismo pueden resultar de ayuda en algunas ocasiones, pero ésta no es una de ellas. De verdad, el futuro es preocupante.

S.I.— Mira, B.R., aunque esos informes tengan bases realmente científicas, cosa que dudo, y aunque esas predicciones de las que nos hablas se cumplieran, nosotros no estaremos aquí, y nuestros hijos y nietos estarán en la parte del mundo que se salve de esas catástrofes de las que hablan los ecologistas.

B.R.— Suponiendo que exista alguna parte que se salve. Además, tendrían que huir de hordas de hambrientos y desesperados. No parece un futuro muy halagüeño.

R.O.— ¡¡¡Joder!!! De verdad que te estás poniendo pesimista y pesadito...

B.R.— Escuchadme, no se trata de que nos pongamos a llorar, pero me gustaría empezar a pensar en posibles soluciones para un problema que, aparentemente, se avecina.

M.E.— Sí, claro. La solución que dan los ecologistas, que dejemos de utilizar energías fósiles. Si no recuerdo mal, aunque tengas intereses en muchas industrias y, especialmente las financieras, tus principales ingresos provienen del petróleo ¿no? ¿Qué propones? ¿Que abandonemos nuestros negocios para salvar el mundo?

B.R.— ¡No digas chorradas! Claro que no propongo eso, pero sí creo que debíamos buscar una manera de evitar esa completa destrucción sobre la que tanto se escribe.

R.O.— Ese es el único problema que hay aquí, que a ti te ha dado por leer cualquier cosa que escribe cualquier tarado, y encima te lo has creído.

B.R.— En primer lugar no he leído cualquier cosa, se trata de estudios serios de gente que sabe de lo que habla. Y en segundo lugar una de nuestras principales máximas es estar bien informados, saber más sobre posibilidades futuras de lo que sabe el resto, y ser capaces de anticiparnos a los sucesos futuros. ¿O no es precisamente eso lo que estamos haciendo con esta crisis en ciernes y con tantísimas otras cosas?

M.E.— En eso tienes razón, pero francamente, no veo cómo la información puede ayudarnos en esto. Además tampoco creo que sea información de fiar.

B.R.— Pues tras leer muchos informes yo creo que sí lo es.

En ese momento se hizo un gran silencio en los trece monitores.

B.R.— A ver, tíos, solo os pido una cosa. Leed unos cuantos informes, pero hacedlo sin prejuicios, y dentro de unos meses volvemos a tocar el tema...

R.O.— Nos estás pidiendo que vayamos contra todos nuestros instintos... ¡Joder! Eso no es normal. Además, ¿qué pretendes

que hagamos? ¿Pedir a nuestra gente de confianza que nos busque informes? ¿Entrar en internet y leer lo primero que pillemos? Vamos, tiene que haber muchísima mierda escrita sobre todo esto.

B.R.—Eso no será necesario. Os pasaré por mail los estudios más serios que se han realizado.

M.E.— ¡Vaya! Veo que has estado muy ocupado con esta tontería.

B.R.— Lo cierto es que llevo unos meses interesándome por el tema. Ya sé que todos nosotros y todos nuestros «amigos»— puso las comillas con dos dedos de ambas manos—. Hemos hecho grandes esfuerzos por cerrar los ojos y los oídos ante esas informaciones. Pero yo insisto, tienen bases muy sólidas, y también insisto en que todos sabemos que la información es poder, además de ser la única manera de tener la posibilidad de buscar soluciones.

S.I.— Me estás rallando con eso de las soluciones —en la cara de S.I. no quedaba el más mínimo rastro de su anterior buen humor, mucho menos de la hilaridad de que hacía gala minutos antes—. Suenas a ecologista rojeras y me estás cabreando.

B.R.— ¡Eh! ¡Eh! Tranquilito, ¿eh? En primer lugar no sueno a ecologista rojeras y en segundo, si se prepara un problema para un futuro cercano tendremos que estudiarlo. Y desde luego no he hablado en absoluto de sacrificar nuestras fortunas por el bien de la humanidad —al decir las últimas palabras su cara se torció en un gesto ridículo, imitando lo que él consideraba una persona pusilánime.

R.O.— ¡Vale, vale! Tranquilizaos los dos. B.R. ¿Qué es lo que estás sugiriendo? porque yo tampoco acabo de entenderlo...

B.R.— Solo sugiero que leáis los informes que os voy a enviar y que les deis un par de vueltas en vuestras cabezas, a los informes y a las posibles soluciones que se os ocurran.

R.O.— ¡Pues venga! Los leemos y ya está.

S.I.— A mí eso me parece hacer el gilipollas.

M.E.— Vamos S.I., tiene razón R.O., no cuesta nada leerlos.

S.I.— ¿Para qué? Lo que esos informes dicen es que tenemos que renunciar a vivir como lo hacemos para que el planeta sobreviva.

B.R.— Ya lo he dicho. Si conocemos las posibilidades, las estudiamos y les damos unas vueltas, podemos encontrar otras soluciones. Soluciones para nosotros, no para los «plebes».

De nuevo se hizo el silencio, pero en esta ocasión los trece rostros habían pasado de una expresión de enfado o perplejidad a otra pensativa.

\*

Amanecía y, aunque tras la pésima noche, no se encontraba en absoluto descansado, Iker decidió levantarse. «¿Y ahora qué?»— pensó. Sus acompañantes de la noche anterior no le habían dado ninguna instrucción. Suponía que alguien aparecería por la mañana, pero solo era su suposición ¡Y estaba hambriento! Llevaba casi veinticuatro horas sin comer y el estómago le rugía como un animal en celo.

Se acercó a la ventana y no observó movimiento en la valla. Decidió explorar un poco el lugar. Salió de la taquilla y se quedó contemplando lo que en algún momento fue el bello *hall* del teatro. Estaba totalmente destrozado, trozos de alfombras arrancados, partes de las molduras desaparecidas, incluso había una lámpara destrozada en el suelo. Y el color de lo que quedaba estaba totalmente desvaído.

Le vino a la cabeza la primera vez que pisó aquel lugar y los ojos se le llenaron de lágrimas. La primera vez que sus padres le llevaron a ver una obra de teatro fue allí. Tenía unos doce años y se sintió mayor por el solo hecho de franquear aquellas puertas. Recordó que era una comedia, pero no pudo recordar de qué obra se trataba, parecía algo sucedido en otra vida, de hecho era algo sucedido en otra vida... También había visitado ese teatro en varias ocasiones con Alba... Alba... Su primer amor fallido. Llevaba muchos años sin pararse a pensar en ella, pero regresar a los lugares que compartieron

hizo que su presencia pareciera casi física. Cerró los ojos y trató de recordar su rostro... Tras tantos años sin hacerlo la imagen se le escapaba. Los cerró con más fuerza, empeñado en recordarlo. En ese instante oyó un ruido a su espalda y se giró de golpe.

—Buenos días —la persona que pronunció estas palabras era una anciana de pequeña estatura. Tenía el pelo completamente cano y muy corto. Era delgada y de aspecto nervioso, incluso parecía tener demasiada vitalidad para la edad que aparentaba.

—Buenos días —contestó, mientras lo decía pensó que debía añadir algo más—, soy Iker.

—Yo soy Diana, fuera está Leo, al que conociste ayer y Gotzon, cuyo nombre seguro que no te dice nada.

—No, el nombre no me dice nada. Pero creo que he recibido el mensaje.

—¿Qué mensaje?

—Que no está usted sola.

—Chico listo. Por cierto, deja ese tratamiento, hace ya mucho tiempo que todos nos tuteamos, y si lo que quieres es hacer notar lo vieja que soy, no hace ninguna falta, lo sé de sobra.

—Perdona, como sabrás, soy nuevo aquí.

—Sí, y eso es algo que nunca había pasado.

—Supongo que os hago sentir inseguros...

—Un poco. La vida siempre ha sido frágil, pero en estos tiempos lo es mucho más. Todos debemos ser cuidadosos.

—Supongo que tienes razón —se sentía demasiado cansado y hambriento para discusiones casi filosóficas—lo único que puedo decir en mi favor es que soy un buen hombre, y recalcar que soy un solo hombre.

—¿Te pasa algo?

—Me muero de hambre.

—Espera.

Diana salió del teatro. A través de la puerta entreabierta Iker pudo ver que, en efecto, había dos hombres con ella, pero no pudo verles las caras ni oír la conversación que mantenía con ellos.

—Leo, no te enfades. Estoy de acuerdo con Enrique, este hombre no parece suponer un peligro.

—¡Joder, Diana! Si me dices eso es que ya estás pensando en meterlo en el poblado.

—Creo que debemos hacerlo, no sé de dónde viene, pero parece inofensivo.

—¿Y si trae armas?

—Hombre, Leo, quiero dejarle entrar, pero no me he vuelto gilipollas en una noche. Antes le registraremos.

—Quiero que conste que no estoy de acuerdo ¿Qué opinas tú, Gotzon?

—No lo he visto, pero si Diana y Enrique creen que no es un peligro, me fío.

—Diana se asomó al interior y, sin entrar ni hablar, hizo una seña con la mano a Iker para que saliera.

—¿Llevas armas?

Se notó el desconcierto en la cara de Iker.

—Bueno, en realidad... Supongo que sí, llevo un cuchillo.

—¿Te importaría dármelo?

Iker no contestó, pero se llevó la mano al costado del cinturón y sacó un cuchillo de gran tamaño. Leo dio un respingo.

—¿Nada más?

—No, os aseguro que no.

—Aun así creo que tendremos que registrarte. No te lo tomes a mal, vamos a llevarte con nosotros al poblado y sería una imprudencia no hacerlo.

—No, no, no tengo ningún problema con eso —al mismo tiempo que decía estas palabras, levantaba las manos por encima de su cabeza y casi sonreía. Lo cierto es que experimentaba un cierto sentimiento de felicidad. Tan pronto Diana había mencionado que le iban a dejar entrar en el poblado se sintió menos solo.

Leo le registró a conciencia, y cuando terminó con sus ropas registró el macuto que llevaba con él. Una vez terminó su tarea todos se dirigieron a la empalizada. Alcanzaron un edificio de buen

aspecto y en la puerta Diana se dirigió a él con una sonrisa socarrona diciéndole.

—Venga, te invito a desayunar —y le guiñó un ojo.

Desayunó tranquilo, sin hablar. El desayuno le pareció escaso y poco sabroso, pero lo referente a su sabor lo pensó después, en el momento simplemente lo devoró con ansia. Después la anciana le invitó a dar un paseo por las huertas, dejó su macuto en la estancia en la que habían desayunado y salió con ella.

Una vez fuera comprobó que todo el parque de El Arenal era un terreno arbolado para ganado, en el que pudo ver cerdos y gallinas. Lo que antes era la calle del mismo nombre se había convertido en huertas. Pasearon en silencio, había algunas personas recolectando.

La primera estructura de los tinglados había desaparecido y el terreno que ocupaba formaba parte de las huertas. La segunda estructura, en su primera mitad, era una especie de corral (supo después que era una cochiguera), y su segunda mitad cubría una construcción que le recordó a los antiguos lavaderos de las zonas rurales que había conocido de niño.

Su paseo llegó hasta la plaza del Gas, llena también de terreno cultivado. Desde allí pudo ver la parte baja del parque Etxebarria en la que había algunos invernaderos, varias colmenas y más huertas. La parte superior había desaparecido convirtiéndose en un talud, lo mismo que la antigua Ciudad Jardín y el barrio de Uribarri. También pudo ver que había otra empalizada en el arranque del Campo Volantín que separaba esa calle y el puente del ayuntamiento de la zona en la que se encontraban.

Diana le señaló uno de los edificios de la plaza del Gas.

—Allí se encuentran las dependencias comunes, incluido el comedor comunitario. En aquel edificio —y señaló a una construcción que en su día pertenecía a las dependencias del ayuntamiento en un edificio anejo a éste—. Hemos instalado los contenedores de compostaje. Se componen principalmente de nuestras heces... —Miró a Iker con gesto socarrón escrutando su

expresión. La expresión de Iker fue de perplejidad, pero no dijo nada. —Las necesitamos como fertilizante para nuestros cultivos. Para recoger tus inmundicias puedes tener recipientes en casa que uses como orinales, cada uno lo hace como mejor le parece, pero debes tener dos recipientes, uno para la orina y otro para las heces. Si la orina se mezcla con las heces, éstas no valen para compost y el hedor es terrible, luego hay que añadirles otros materiales orgánicos, solemos recoger hojas en otoño para ello, usamos también los trozos de madera que puedan sobrar aunque son pocos. Hay que aprovecharlo todo. Si alguien no «aporta» sus heces y otros desechos se considera un delito grave. Tenemos nuestras normas, nuestras propias leyes, y no son tonterías. Cosas como esta, que pueden parecer pequeñas, son una cuestión de pura supervivencia —volvió a escrutar el rostro de Iker que procuró permanecer impertérrito. —La orina se deposita en otros contenedores. También se usa como abono, pero por separado. Si se almacenan mezclas huelen mucho y su descomposición no es la adecuada para fertilizar, además el compost se usa poco después de la siembra, como abono, mientras que la orina se aplica aproximadamente un mes antes de la cosecha.

Iker no sabía qué decir, así que, solo por decir algo contestó:

—Tenéis toda una nueva civilización aquí, ¿no?

—Algo así... No ha quedado otro remedio... Vamos —añadió—, hay que buscarte un sitio donde puedas quedarte.

En el camino de vuelta Diana se dirigió a uno de los hombres que recolectaban, debía tener unos cincuenta años y su piel parecía cuero, tan curtida estaba.

—Buenos días, Aritz, este es Iker, a partir de mañana podrás contar con él para las labores del campo.

—¡Hola! Bueno, en breve no habrá mucho que hacer, terminará la cosecha y solo quedará la siembra de la soja, más bien sobrarán manos.

—Lo sé, pero de momento cuenta con él.

—¿Y se puede saber quién es «él»?



—Es Iker, ya te lo he dicho.

—Ya... Iker —lanzó una mirada torva y continuó con su labor.

Diana e Iker continuaron su camino. Finalmente Iker habló:

—Parece que no soy muy bienvenido.

—Tranquilo, ya se harán a la idea. Todos hemos sufrido mucho. Nadie se fía de nadie, y una boca más que alimentar no es una buena noticia, pero al final te admitirán como uno más, bueno, en caso de que te lo ganes.

Regresaron a casa de Diana. Iker recogió su macuto y Diana le condujo a la tercera planta del mismo edificio. Entraron en un piso pequeño, Diana se lo enseñó. Disponía de tres estancias. Se notaba que no habían sido utilizadas en mucho tiempo.

—Es pequeño y es evidente que no puedes usar esa cocina eléctrica, para eso está el comedor comunitario, también tenemos personas que se ocupan de él. Solo unos pocos tenemos una salamandra en nuestra casa... Bueno... Y tendrás que limpiar un poco. Procuramos gastar el mínimo de agua. Tenemos un sistema de recogida de agua de lluvia en todos los edificios habitados, pero da para poco, así que, aunque hay agua en el grifo, no puedes usar más de un balde. Te recomiendo que cojas agua de la ría para quitar la primera capa de suciedad, y el balde que te he mencionado para rematar la faena y que todo quede limpio de verdad, no solo en apariencia. Yo te dejaré un recipiente, algunos trapos y escobas. Deberías usar el día de hoy para hacer eso. Ya sabes, mañana empezarás con tus nuevas obligaciones.

—Claro. Si me das esas cosas que me has dicho empezaré ahora mismo.